LA IGLESIA DE SAN TORCUATO DE ABADIANO

José Angel Barrio Loza
Profesor de la Universidad de Deusto

La iglesia de San Torcuato, Torcaz, o Trokaz (metátesis oficializada al presente) de Abadiano es uno de los edificios de culto más interesantes del siglo XVIII en Vizcaya.

Es, en primer lugar, un templo monumental, que se conserva en excelente estado; y, después, es obra de calidad, tras de la que se encuentran algunos de los más importantes maestros arquitectos del Barroco en el País Vasco. Es obra, sin embargo, indumentada (1).

Se asienta el templo a la orilla derecha del Ibaizábal, en terreno llano urbanizado en el siglo XVIII, formando conjunto con la barriada de las casas curales, siete, construídas en 1742, y con la vieja casa concejil. En tiempos recientes un frontón (construido en 1929 y reformado en 1974), cierra por el Norte un espacio público muy interesante que alberga edificios de culto, administrativos y lúdicos: un ambiente bastante fiel de anteiglesia (2).

1: *Historia constructiva.*

El templo actual de San Torcuato es heredero de otro, u otros, anteriores, asentados, aproximadamente, en el mismo solar, pero en espacio más reducido. De ellos restan documentos arqueológicos, y noticias documentales literarias. (3).

Hemos llegado al conocimiento de la fábrica actual a través de varias fuentes. En primer lugar de los fondos documentales parroquiales (A. P. Abadiado, en A. H. E. V.) (4) los del Archivo Histórico Provincial de Vizcaya (Protocolos de J. Meabe) (5) y, singularmente, del Archivo de La Real Chancillería de Valladolid; Sala Vizcaya, (6), a donde llegó el pleito sobre la conflictiva construcción de la obra.

Prescindiendo de la sacristía y de la torre, que se realizaron en otro momento, el buque del templo de Abadiano parte de los reconocimientos y trazas que dió Ignacio Ibero en 1761-1762. Trazas que, sucesivamente, serán supervisadas y corregidas por otros canteros: Gabriel de Capelastegui y Francisco Javier Arizabaleta.

Para esa fecha, y desde 1758, se mencionan acarreos de piedra para principiar la reconstrucción del templo. En torno al año 1763-64 la actividad es grande: acarreo de piedra en «auzolan», por los barrios (cofradías) de la anteiglesia, apertura de cimientos por diversos canteros, entre los que se citan a varios de origen francés, etc...

La obra había sido tomada en remate por el cantero Tomás Basterrechea, que se auxiliaba, seguramente como segundo y como técnico, de Gabriel de Capelastegui. Desde 1764 reciben pagos ambos, fundamentalmente Basterrechea. Los pagos siguen en los años siguientes hasta 1771 en que se envía a alguien a Lekeitio en busca del perito (Ignacio Ibarreche, probablemente), para que tase lo obrado.

Lo contratado por Basterrechea no era toda la iglesia, sino la mitad de ella; probablemente la parte de los pies, no sirviendo al culto, mientras tanto, la parte delantera del viejo templo, pues este pasa a una ermita, insuficiente.

Por recibo firmado en 1775 sabemos que, concluido el compromiso de Basterrechea, se propone Abadiano la continuación de las obras hasta rematar el edificio. Con la subvención del patrono (Marqués de Mortara, 3.000 reales anuales) y diferentes censos que saca Abadia-

(1) Esto es, al menos, lo que nosotros creemos.

(2) Tiene su interés, pues es una dimensión perfectamente contrastada en otros lugares.

(3) Varios testimonio pétreos, medievales, supuestamente pertenecientes al templo románico se conservan en Abadiano, en el propio templo y, sobre todo, en una casa próxima, reaprovechados en su fábrica.
Este templo medieval, o bien otro posterior, debe ser el que se incendio en 1624 (Cfr. lTURRIZA; 352; Ed. Rodríguez - Herrero).

(4) Libro 11 de Fábrica (1716-64); Libro III de Fábrica (1764 -84).

(5) Legajo-s 388, 389, 390, 391.

(6) L. 1601; 1. A esas fuentes nos remitimos.

no encargan los comanditarios un reconocimiento, traza y condiciones de obra al «maestro examinado» de Vergara, el cantero Francisco Javier de Arizabaleta, y sobre los planos viejos de Ibero, las aportaciones de Capelastegui y los añadimientos y reformas de Arizabaleta sale la obra a remate el día 18 de Febrero de 1776. Quedó la obra por el cantero de Abadiano Bartolomé de Beratúa, como principal, que pronto asoció a otros canteros, entre ellos los hermanos Tomás y Juan Basterrechea. El presupuesto: 122.100 rs. y un refresco (10 cántaras de vino clarete) para los asistentes al acto del último remate. La obra, cuya escritura se firma el 10 de Abril de 1776, debía tener una duración de cuatro años.

Iba la obra muy avanzada, a juzgar de Beratúa, cuando fue parada por el Teniente de la Merindad de Durango a instancias del mayordomo de la fábrica, Vicente de Arteaga.

Acusaba Arteaga a Beratúa de emplear piedra salitrosa y no atenerse a las condiciones. Beratúa y el pueblo, en cambio, piensan que las secretas razones del mayordomo eran las del alcance de más de cinco mil reales en su gestión. El 18 de Marzo de 1778, en la deposición de las cuentas de la gerencia, el pueblo de Abadiano había demostrado el alcance de Arteaga, quien intenta justificarse acusando al cantero.

Este, al sentirse perjudicado con la detención de la obra, inicia acciones judiciales en el Tribunal de la Merindad, donde logra obtener licencia para continuar las obras; sentencia recurrida por Arteaga (quien muere durante el desarrollo del pleito siendo sustituido en él por su hijo). El pleito llegó a Chancillería.

Después de los peritajes de dos maestros ajenos al señor ¡o Francisco Ibero y Joseph Moraza (por renuncia de Manuel Carrera, muy ocupado seg ún él en la construcción de la torre de Oñate), falla Chancillería que las obras deben seguir, pues aunque los examinadores han hallado alguna desviación respecto de las trazas, la obra es buena y sólida. Se condena a

Dos días después recurría Beratúa a la Audiencia, sentenciando el Juez el 12 de Agosto de 1781 que la cosa debía declararse por juzgada.

En las cuentas de 1783 se asientan unas cantidades del costo de las gestiones de la licencia para consagrar la iglesia.

Entre tanto se iba resolviendo el pleito sobre la cantería y albañilería (lo que había contratado Beratúa), para lo que contó además de la ayuda de los canteros subcontratados, con los albañiles hermanos Anitua de Durango, que se hicieron cargo de las bóvedas) se contrataban las obras de carpintería, vidrieras, herrería, etc... Conviene saber que la carpintería fué realizada bajo trazas y condiciones de Gabriel de Capalastegui (16 de Marzo de 1778) y que se tuvieron muy en cuenta las tapas de la la iglesia parroquial de Elorrio.

2: *Tipología y construcción*

El templo de San Torcuato resulta tipológicamente retardatario, lo mismo en los planteamientos espaciales que en la fórmula de cubrición. Responde el espacio interno a un templo de una nave con crucero y capillas altas (hornacinas) entre los contrafuertes, comunicadas por atajos. Una tipología con precedentes medievales perfectamente desarrollada en el Renacimiento. A ella se refiere Simón García en su *«Compendio»*.

Es este un tipo con muchas ventajas técnicas. Su ventaja constructiva estriba en que las bóvedas, que autónomamente cubren las capillas hornacinadas a la altura de los formeros de la nave, sirven tanto de arriostramento a los estribos como de descarga a las presiones laterales de las crucerías de la nave, concentrándolas eficazmente.

La ambición de crear espacios unificados depende mucho de la mayor o menor profundidad de la capillas. En Abadiano son bastante profundas. El arco triunfal, además, es en Abadiano un activo compartimentado espacial. Abside y nave se sueldan en el arco triunfal. Además dispone de tramo presbiterial como en la arquitectura gótica.

De tal guisa, la ambición de unificación espacial se logra, pero no totalmente, o al menos no tan claramente como en los edificios renacentistas a que pertenece el tipo. Pero de cualquier forma mucho más que en los tipos barrocos de capillas bajas de las iglesias conventuales y parroquiales.

Suelen corresponder este tipo de iglesias a parroquias de mediana población, cuyo número de almas de comunión no justificaba la existencia de un templo de tres naves, pero demasiado crecidas para una sóla. El tipo de una nave y capillas altas debe ser consecuencia de unas necesidades concretas y una mejor adaptación a la función. En Vizcaya diversos ejemplos responde al modelo: Ermua, las dos de Sopuerta (Carral y Mercadillo)...En Guipúzcoa son también frecuentes: Régil, Ataun, Arrona, Cegama,... y en Alava y en La Rioja: Labasti-

da, Elvillar, Briñas, San Vicente de la Sonsierra, Lardero, Huérfanos . . .

A un tipo de estructura tan retardataria en el último cuarto del siglo XVIII corresponde una cubierta coherente con arcaísmo: crucería en todos los tramos de la nave mayor y de las hornacinas. Crucería sobre traza de nervios rectos, complejidades de los terceletes, con polos en torno a las claves mayores; modelo típicamente manieristas; que no es del todo exótico en el País Vasco (Santa María de San Sebastián, San Juan Bautista de Muzquiz..., capilla del Pilar de Laguardia, Sacristía de Navaridas, dentro del siglo XVIII también; un ejemplo recurrente que se reviste de cierto aire de habilidad por fechas tan avanzadas.

Los soportes de la estructura son los estribos, que se frentean como pilastras cajeadas, a la manera clasicista, usual desde casi la segunda mitad del siglo XVI. Descansan sobre ellos los entablamientos, que disponen de metopas y triglifos, usuales en la arquitectura neoclásica.

Conviene conocer el comportamiento externo del edificio, que al carecer de los elementos compartimentadores de los paramentos, los estribos, (que quedan al interior) y elevar las capillas a toda la altura, recoge, lógicamente, una compacidad notable: un paralelepípedo perfecto, acostado, rematado a la cabecera por el prisma absidial. Y a los pies por el prisma vertical cuadrangular continuado de la torre.

Sus portadas son los únicos elementos decorados de la estructura externa, abrumadora en su volúmen; se molduran a la manera de mediados del siglo XVIII: diversos recercos en oreja, abocelados sobre diseño escarzano apeado en pilastras cajeadas, frontón roto, hornacina . . .

3: *Los artífices*

San Torcuato de Abadiano significa en su formulación básica un claro ejemplo de continuismo del manierismo (estilo arraigadísimo en el País Vasco) en el último cuarto del siglo XVIII. Este continuismo, además del propio valor intrínseco del edificio (obra de calidad), es su principal interés.

Desde luego, parece, entre otras cosas, un edificio clave para conocer el comportamiento de la arquitectura barroca vasca, y de sus más cualificados tracistas, singularmente de Ibero, su responsable principal.

No parece necesario detenerse nada aquí en la personalidad del tracista Ibero, bien conocido a través de su fecunda labor en Vizcaya y sobre todo en Guipúzcoa, y en empresas fundamentales de la arquitectura barroca.

Capelastegui es mucho menos conocido. Parece también una figura capital de la arquitectura vasca de la segunda mitad del siglo XVIII. A las noticias que de el se han divulgado estamos en disposición de añadir las que proporcionan varias docenas de protocolos que dan fe de su fecundidad como tracista, cantero, tasador, perito agrimensor, carpintero, contratista de obras: templos, torres, casas-ayuntamiento, presas de molinos . . . Extiende también varias cartas de aprendizaje, lo que le sitúa en una dimensión aún tradicional de la producción artística

Pertenece a una larga familia de artífices: su hermano Domingo, sus hijos Manuel, José y Francisco Javier . . . en una población, Elorrio, donde las dedicaciones a la cantería debieron ser frecuentes (15 voluntarios) para las obras del Arsenal de El Ferrol, en 1752).

Beratúa parece personalidad más discreta, cantero interprete de los proyectos de los grandes maestros. Hemos obtenido, aparte de lo contenido al hilo de la historia constructiva de San Torcuato, algunas noticias que lo sitúan en el seno de una familia de formidables arquitectos que dejan lo mejor de su obra en La Rioja (Alavesa y Castellana): La Redonda de Logroño, La braza, 0yón, Briones . . . Los Beratúa, con otro maestro abadiñotarra, Arbaiza, trazan magnificas torres en aquel área, con evidentes relaciones formales con las de la zona vasco-cantábrica.

La atracción de La Rioja por parte de los canteros oriundos del Duranguesado se explica, también, a través de la propia familia de los Capelastegui, e incluso de los Erdoiza...; una constante atracción desde el siglo XVI.

RESUMEN

San Torcuato de Abadiano es una obra grande y de calidad de la segunda mitad del siglo XVIII. Detrás de su proyecto se hallan, además, los mejores arquitectos vascos del momento: Ignacio Ibero, tracista, y Arizabaleta y Capelastegui, correctores de los planes de aquel.

La obra se contrata en dos mitades desde 1762 a 1783 (traza y bendición). Llevó la primera parte de la obra Tomás Basterrechea, que cumplió su compromiso sin notables incidencias. La segunda parte del proyecto corrió a cargo de Bartolomé de Beratúa que se vió envuelto en un largo pleito que llegó a Chancillería de Valladolid.

El templo de San Torcuato es un edificio sólido, de calidad, pero planteado según una formulación arcaica, renacentista, al menos: una nave, crucero y capillas hornacinas a toda la altura. Un continuismo que sorprende algo en el «curriculum» de Ibero.